Capítulo 5

Ludmilla y la chispa de valentía

Ludmilla era una pequeña princesa que ya sabía hacer muchas cosas. Sabía gritar muy fuerte. Sabía decir exactamente lo que quería. Y sabía explicar de maravilla por qué algo, justo en aquel momento, no era una buena idea.

Pero había algo que a Ludmilla no le gustaba nada: las cosas nuevas. Los caminos nuevos. Las tareas nuevas. Las situaciones nuevas.

Cuando algo le resultaba desconocido, sentía una cosa extraña en la barriga, casi como un dolor. Entonces prefería decir: «No». O: «Luego». O: «No sé hacerlo». O también: «Todavía soy demasiado pequeña». Aunque Ludmilla no era tan pequeña. Solo era prudente. Muy prudente.

Una mañana, mientras la ayudaba a vestirse, María dijo como quien no quiere la cosa: «Hoy podrías ir tú sola hasta la fuente grande del jardín».

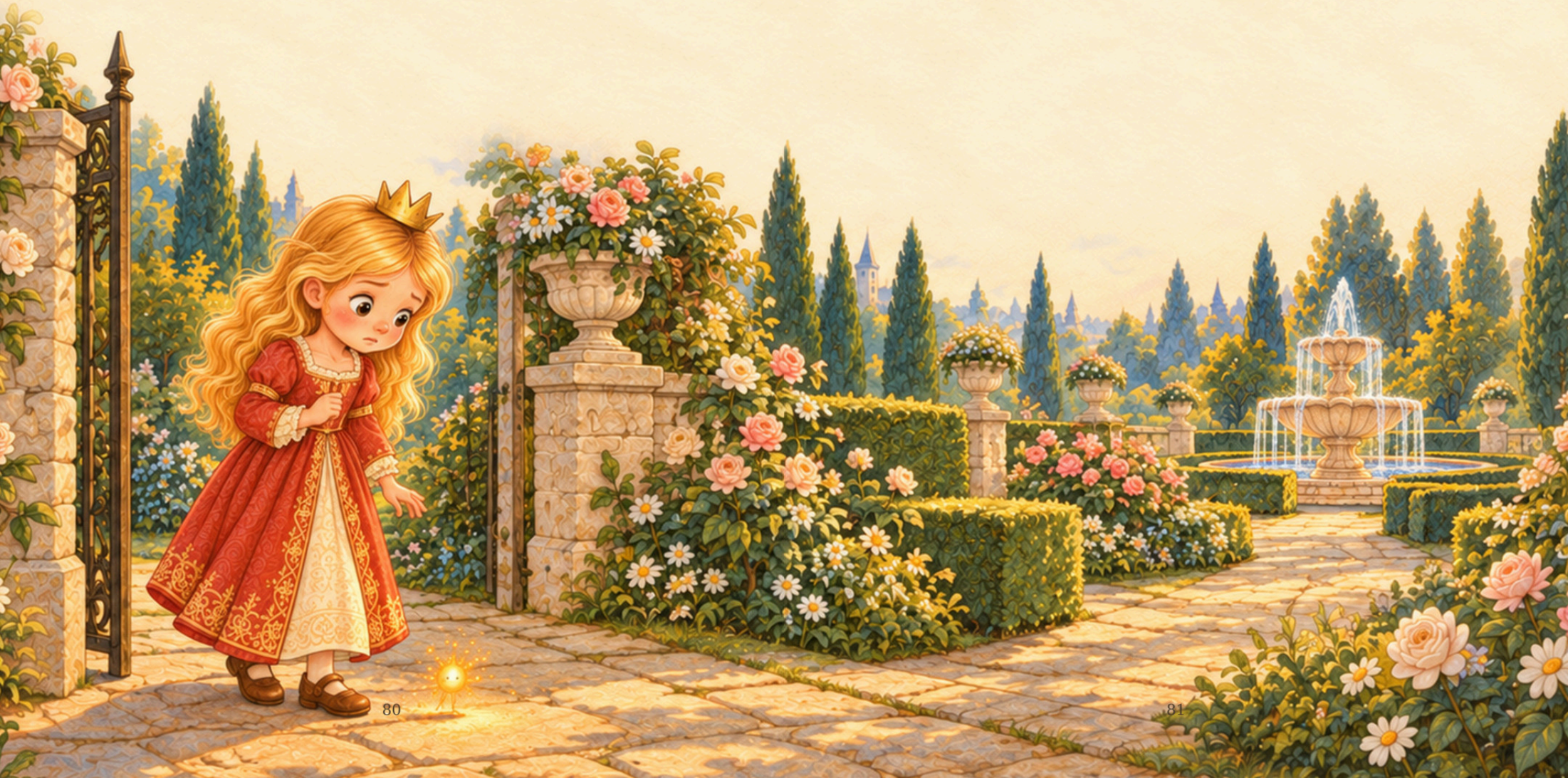
Ludmilla se quedó paralizada. ¿Sola? ¿Sin darle la mano a nadie? ¿Sin compañía? «El jardín es demasiado grande», explicó muy seria. «Y los caminos son largos. Y hay sombras. Y quizá... piedras».



María sonrió. «No tienes que correr. Solo caminar. Paso a paso».

Ludmilla asintió, pero su corazón latía mucho más deprisa de lo normal. Daba pequeñas volteretas de nervios. Cuando más tarde cruzó la puerta del jardín, todo le pareció enorme. Los árboles se veían más altos. Los setos, mucho más espesos. Y la fuente... muy lejos.

«Mejor me doy la vuelta», murmuró. «También vale con haberlo intentado». Entonces algo empezó a brillar delante de sus pies. Un puntito de luz diminuto. Tan pequeño como una luciérnaga, pero cálido y amable. «¿Y tú qué eres?», susurró Ludmilla.



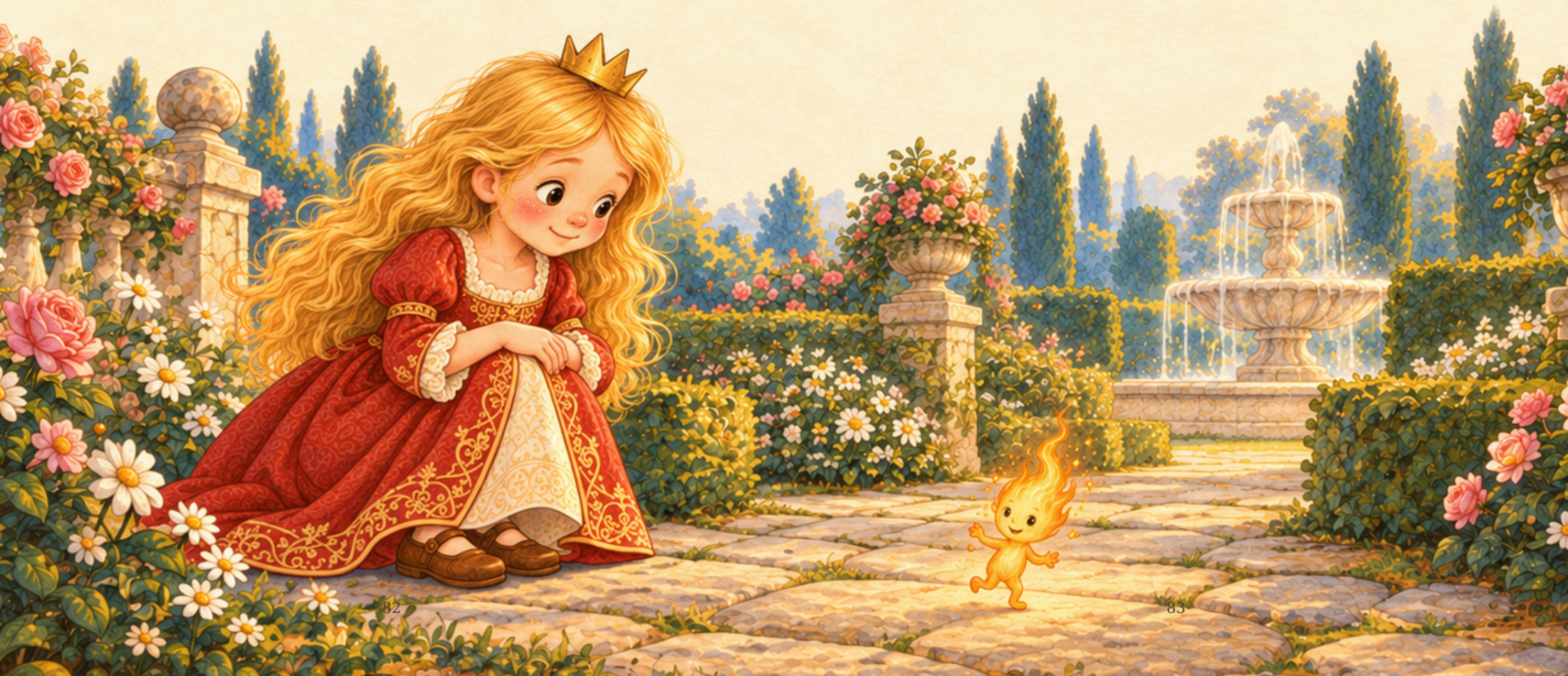
El puntito dio un salto. Y entonces oyó una voz suave y alegre: «Soy tu chispa de valentía».

Ludmilla cruzó los brazos. «Yo no tengo valentía».

La chispa se rio muy bajito. «Sí que tienes. Pero la tuya todavía es joven. La valentía siempre empieza siendo pequeña. Si empezara presumiendo, se llamaría fanfarronería».

A Ludmilla se le escapó una risita. Pequeña.

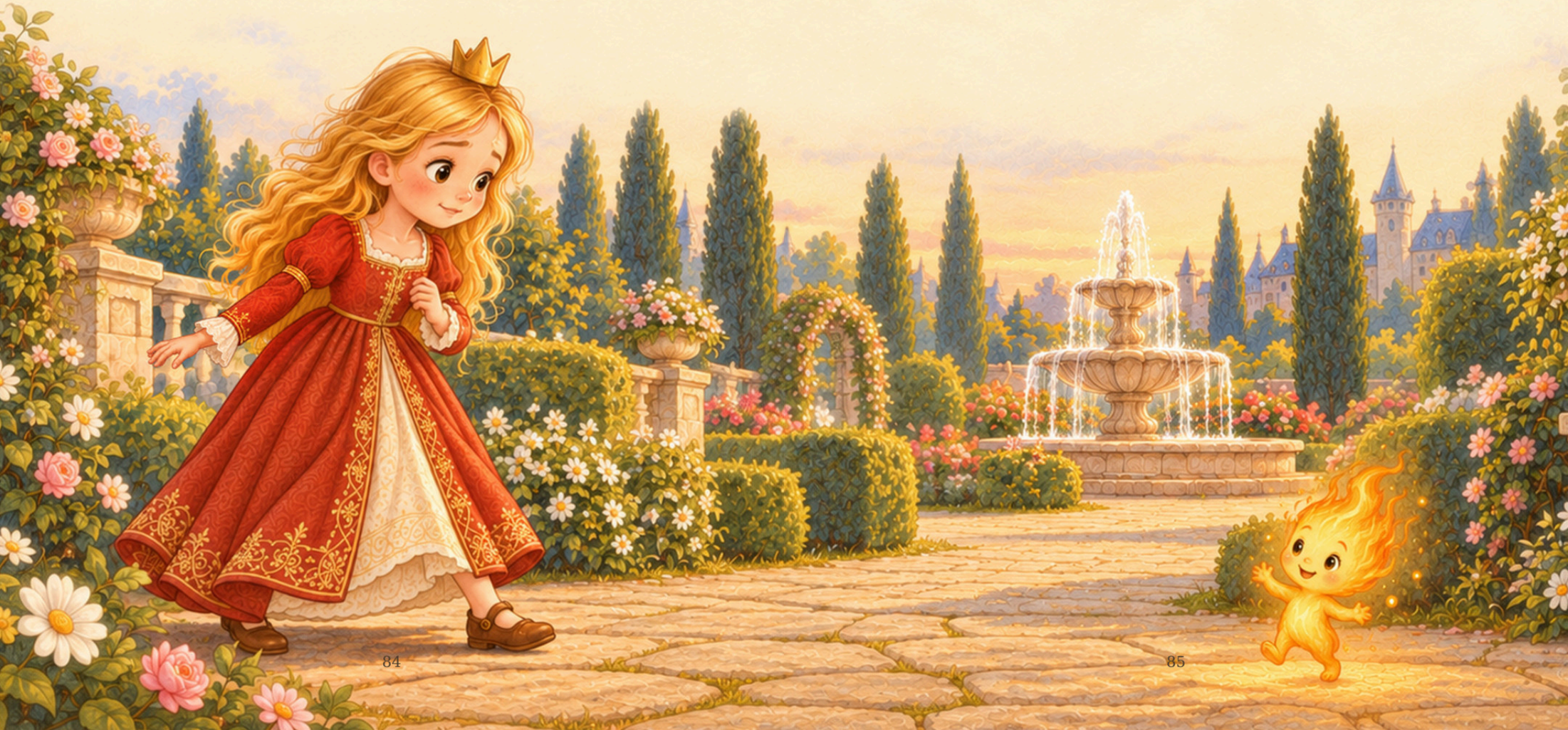
La chispa de valentía avanzó unos pasos a saltitos. «Ven. Solo un paso. Si no sale bien, podemos volvernos las dos».



Ludmilla lo pensó. En realidad, un paso no era gran cosa. Puso un pie delante del otro. La chispa brilló un poquito más.

«¿Lo ves?», susurró. «La valentía crece cuando la usas. Como los músculos. Solo que sin gimnasia».

Siguieron andando. Muy despacio. A veces Ludmilla se detenía. Entonces la chispa esperaba con paciencia.



Cuando un pájaro levantó el vuelo de repente, batiendo las alas, Ludmilla dio un respingo. «¡Eso no estaba previsto!»

La chispa se rio suavemente. «La valentía tampoco se planea. Simplemente aparece».

Siguieron caminando hasta la fuente. Cuando Ludmilla llegó y se plantó delante, se quedó asombrada. ¡Lo había conseguido! No estaba tan lejos como parecía.



Ahora la chispa era bastante más grande que antes. No era enorme, pero sí cálida, firme y amable. «¿Te quedarás conmigo para siempre?», preguntó Ludmilla.

La chispa asintió. «Claro. Yo no estoy fuera. Vivo aquí dentro». Tocó suavemente su pecho.



Desde aquel día, Ludmilla comprendió:
La valentía no hace ruido.
La valentía no grita.
La valentía no es un caballero con espada.

La valentía es una lucecita que dice: «Tengo un poquito de miedo, pero voy a intentarlo de todas formas».

Y a veces, cuando Ludmilla no quería probar algo nuevo, oía susurrar a su chispa de valentía: «Solo un paso».

De vez en cuando respondía: «Bueno, vale. Pero solo UNO». Casi siempre acababan siendo dos. Y, algunas veces, incluso tres...

